

BREVE ACERCAMIENTO A LA POESÍA POPULAR ANDALUSÍ

Juan Félix BELLIDO

Desde luego, no está de moda el tema y menos en estos tiempos de amnesia histórica. Tampoco luce mucho intentar tratar cualquier asunto que se refiera a algo árabe, sin ser estigmatizado. Corremos el riesgo de que, como me pasó con un lector de una serie de artículos que publico en una revista sevillana con el genérico título de **“Los mil rostros de Al-Andalus”**, me escribiese confundiendo indignado a Ben Laden con Abderramán III y a Sharón con el mismísimo Yehudà ha-Leví, y a mí poco menos que con un terrorista literario. La ignorancia es osada. Yo hablaba de historia y el lector quería entender que hablaba de terrorismo, de integrismo y de esas malas yerbas que invaden nuestros campos, abonadas por no menos oscuros intereses.

No termina de estar de moda en España abordar con decencia ciertos temas porque algunos siguen empeñados en no menear lo que, por extrañas y bastardas razones, ha sido terreno escondido a la mayoría y trillado solamente por algunos pocos sabios arabistas que gracias a su labor han sabido desenterrar lo que con todo derecho formó parte –como el hecho evidente de que comerciamos con fenicios o de que fuimos provincia romana- de nuestra singular y rica historia. Hoy, valioso patrimonio.

Hasta tal punto esto viene siendo cierto desde hace años que el más insigne, quizás, y el padre de todos esos arabistas que tanto material nos han, afortunadamente, proporcionado, Miguel Asín Palacios (jesuita para que no haya sospecha de “pensador infiel”) escribía en el primer tercio del pasado siglo XX cosas como éstas: *“No acierto jamás a explicarme que fatal soplo de pesimismo nacional agosta siempre a nuestros historiadores los más legítimos entusiasmos patrióticos. En literatura, en filosofía, en arte, empéñanse en poner de relieve las influencias que el pensamiento extranjero ejerció en nuestra vida mental. Parece como si jamás España hubiese comunicado nada al mundo. Es que la ignorancia del valor de nuestros pensadores musulmanes y hebraicos, de una parte, y el odio secular engendrado por las luchas de la reconquista,*

de otra, no les ha permitido conocer y confesar que en aquellas remotas épocas de nuestra historia fuimos los españoles creadores de ciencia (...)y, sobre todo, verdaderos y casi únicos transmisores de la cultura clásica a la Europa medieval”.

Digno, pues, de doble elogio es que los organizadores de este Congreso permitan y faciliten el que nos adentremos en el fascinante tema de la poesía andalusí, popular quizás en una época, pero tan desconocida hoy por los paisanos españoles de aquellos poetas. Y lo hagan en la Conferencia Inaugural.

Espero que este rato en el que pretendo, al pronunciar nombres olvidados, al contemplar unas tierras, unos hechos, un pensamiento, a través de los versos de algunos poetas, espero, digo, que sirva de aperitivo a un viaje que les deseo placentero y feliz, por estas tierras que fueron Al-Andalus y que tanta riqueza dejaron en nuestra Historia de España. Que este rato sea, digo, un momento intenso y preludio de un fructífero Congreso. Es mi más profundo deseo.

Hoy les habla un escritor enamorado de la Historia, comprometido con la de su país, que ha dedicado a la vida e historia de Andalucía muchas horas de su vida. Tomen, pues, esta conferencia, como lo que quiere ser.

1.- ¿POR DÓNDE NOS MOVEMOS?

“Yo alabo a Dios porque me hizo nacer en Al-Andalus y me concedió la gracia de ser uno de sus hijos [...]. Sus sabios en toda rama del saber [...] son demasiados en número para que puedan contarse y demasiado célebres para que tengan que ser citados”. Razón tenía, y de sobras, **Abû I-Walîd Al-Saqundî**, allá en el siglo XIII, cuando dejó volcadas estas líneas en su famosa *risala*. Ya entonces era una tierra rica, por la que habían pasado fenicios, romanos, visigodos... Mediterránea y próspera, abierta y generosa, que también recibió en su suelo una herencia de luces y,

claro está, de sombras, de abismos y de cumbres, de patrimonios humanos y de ciencia, que se llamó Al-Andalus.

Me parecía mentira leer el verano pasado el prólogo al libro de Viajes de Al-Idrisi que tradujo, como primer intento de poner las cosas en su sitio, Don José Antonio Conde, de la Real Biblioteca, en el ya lejano año de 1799, en edición bilingüe. Opina, y así lo escribe que “la enemistad y el odio de nuestros antepasados con los moros, fomentado por el indiscreto celo de algunos prelados eclesiásticos, no quedó satisfecho hasta que arrojó de entre nosotros las miserables reliquias de la gente mora, y al mismo tiempo la industria y población de nuestros lugares, y la agricultura de nuestros campos. Del olvido y la ignorancia de esta antigua y preciosa lengua nacieron aquellos extraños decretos del Cardenal Ximénez de Cisneros, tan fatales para la literatura oriental: casi todas las naciones eran bárbaras, cuando los árabes eran doctos, y los de España, doctísimos. ¿Cuántos preciosos tratados consumieron las llamas? ¿Cuántas noticias históricas, las más importantes, tratados geográficos, tablas astronómicas, libros de agricultura, de botánica, recetarios de remedios sacados de antiguas experiencias, prácticas de artes e industria, de tintorería y manufacturas de seda, sus observaciones y trabajos de minas, sus estilos de comercio y contribución?

“[...] Consumidos así los tesoros de literatura arábica, que había en España, se siguió el olvido y general abandono de esta lengua[...]. De aquí provienen las oscuridades de nuestra historia en las cosas de los moros, y esto ha llenado nuestras crónicas de especies falsas y mal averiguadas, y es la verdadera causa de la ignorancia en las noticias de nuestra literatura...”¹.

Desde luego, lo que es peor, exiliaron de nuestra memoria histórica y robaron de nuestro patrimonio cultural, nombres como los de aquellos *“demasiados en número”* –en expresión de **Al-Saquadí-** intelectuales, científicos, **poetas**, historiadores, místicos y filósofos de Al-Andalus. Ocho siglos de cultura, pegadas a nuestras raíces, y talados, incomprensiblemente, por aquellas pandillas de Alí-Babá, que han sembrado de saqueos la Historia de España.

¹ Prólogo de José Antonio Conde a la edición de su traducción a “Descripción de España” de Al-Idrisi publicado en Madrid por la Imprenta Real, en 1799, pp. 3-5.

Y de aquellos expolios, estos lodos. Expolios, impunes ante la justicia de la Historia, perpetrados por algunos y perpetuados por la miopía cultural de quienes tuvieron en sus manos el timón educativo, político y fáctico, y que desgraciadamente han ido heredando otros hasta traerlos al presente, no obstante los fabulosos esfuerzos de honestos historiadores que, sin pudor, no sólo han escarbado en la Historia sino que se han atrevido a la osada labor de traducir y publicar, a beneficio de algunos que seguíamos estas pistas.

Consecuencia de estos saqueos, resulta el desalojo de nuestro catálogo patrimonial de hombres y mujeres que configuraron el saber no sólo de España sino de Europa. Hombres y mujeres que propiciaron, a su debido tiempo, el estallido de luz del Renacimiento (y me estoy refiriendo también al campo literario, no sólo al filosófico, de lo contrario no habría gente que se atreviera a hacer estudios comparativos entre Ibn Hazm y la “Vita brevis” de Dante); nombres como los de **Ibn Quzmân, Ibn Arabí, Ibn Masarra, Averroes, Azarquiel, Ibn Hazm de Córdoba, Ibn Sahl, Ibn Al-Jatib, Muhammad Al-Gafiqi, Ibn Zuhr, Ibn Gayyat, Nazhûm Bint Al-Qilai, Ibn Jafacha, Al Mutamid, Wallada, Ibn Zaydun, Ibn Hayyan, Al-Kirmani, Ibn Al-Saffâr...** Es más, no exiliaron de los manuales sólo a éstos, por hispano-musulmanes, sino que lo hicieron con idéntico resultado, con los judíos españoles **Ibn Gabirol, Hasday ibn Saprut, Abraham ibn Sahl, Dunas ben Labrat, Ibn Ezra, Yehudah ha-Leví, Yishaq ibn Gayyat, Yehudah ibn Verga, Yosef ibn Negrella, Ibn Jalfun, Menahem ben Saruq,** y otros eminentes hombres de las letras, hijos de aquella Sefarat también olvidada.

Todo esto para decir que no es terreno fácil ni sencillo el que pisamos, y que no se puede hablar de él sin situarlo en el contexto histórico y en la realidad vivida después.

Hoy, afortunadamente, nos vamos a asomar al mundo de los poetas de Al-Andalus, y en él situaremos el papel de la poesía popular andalusí. Algo de lo que nos ha legado. Y al hablar de este tema, nos daremos cuenta de que estamos hablando de un “producto” netamente español dentro del panorama de la poesía árabe. Lo haremos cuando nos refiramos, por ejemplo, al *zéjel* y nombremos o recitemos a poetas como el cordobés Ibn

Quzmân, que, desde luego, destaca en ello por encima de los demás. Menos mal que se encontró hace sólo cien años, más o menos, el único manuscrito que de él se conoce en San Petersburgo. ¡Las demás copias, quizás perecieron, pasto de las llamas, en la granadina plaza de Bibarrambla bajo la inquisidora mirada del mencionado cardenal Cisneros!

2.- AL-ANDALUS Y LOS ANDALUSÍES.-

¡Que es una tierra para la poesía!, lo dicen estos versos que escribiera Ibn Jafaya, un poeta de Alcira a principios del siglo XII:

“¡Oh andalusíes! ¡Qué felices sois!
Tenéis agua, sombra, ríos y árboles.
El paraíso eterno está en vuestras moradas.
Si pudiera escoger, éste sería el que eligiera.
No creáis que habéis de ir al infierno.
Después de estar en el paraíso
no se puede ir al fuego”².

Pero, ¿cómo es éste Al-Andalus que Ibn Jafaya compara con el paraíso y cómo son los hombres que viven en él? ¿Qué ha producido la mezcla de etnias y de civilizaciones que se han dado en sus tierras? ¿Cómo es el poeta y cómo es la realidad que va a cantar en sus versos? Ibn Hazm de Córdoba, por ejemplo, los define así en el siglo XI: ***“Los andalusíes son chinos por la perfección de su trabajo y la precisión de la artesanía y artes decorativas; turcos por la práctica de la guerra, el manejo de las armas y la previsión de municiones de guerra y de boca”***. Pero es Ibn Gâlib, en el siglo XII quien da una definición más completa: ***“Los andalusíes son árabes por su ascendencia genealógica, por su orgullo y altiva independencia; por la elevación de su pensamiento, la elocuencia de su lenguaje y la exquisitez de su alma; por su poca paciencia para sufrir la injusticia; por la liberalidad con la que dan lo que tienen; por su tendencia a librarse de cualquier clase de modestia y a apartar de sí los pensamientos viles”***. Y no puede vencer la tentación, para explicarse mejor, de caer en las comparaciones. ***“[Son]***

² Citado por Juan Vernet en Literatura Árabe, El Acantilado, Barcelona 2002, p. 157.

hindúes por la importancia que conceden a las ciencias, su amor por ellas y el celo que les dedican para conocerlas y difundirlas con exactitud; bagdadies por su cortesía, limpieza, el refinamiento de sus costumbres, viveza de espíritu, sutilidad de pensamiento, la altura de sus miras, la generosidad de su carácter, la suavidad de sus ideas, la agudeza de su pensamiento y la penetración de sus reflexiones; griegos por su talento para descubrir el agua, por el cuidado que ponen en el cultivo de todo género de plantas, la selección que hacen de toda clase de frutos, la habilidad para tratar los árboles y embellecer los jardines y los huertos con toda variedad de legumbres y flores. Por todo ello son los hombres más expertos en agricultura”. Y no contento con estas comparaciones para describir el paño del que estaban hechos sus paisanos, añade: “los andalusíes tienen la constante preocupación [...] de vestir hermosos trajes y comer bocados escogidos, de ser limpios y puros, amar los placeres y el canto e inventar nuevos aires musicales[...]”.

Pero es que Al-Maqqarî va más allá: *“Los habitantes de Al-Andalus –escriben– tienen en su conversación una forma de bromear, de decir las cosas con determinada dulzura y de dar réplicas tan espontáneas, que reducen al silencio al interlocutor. La cortesía y las buenas maneras son cualidades instintivas en ellos”*³.

Así éramos los españoles de entonces. Materia suficientemente rica como para que naciesen grandes poetas había, y de sobra.

Aunque, a fuerza de sinceros, observando el campo literario, tenemos que decir que no era oro todo lo que relucía y también entonces se cocían habas, como se cuecen ahora. ¿Díganme ustedes, si el texto que Ibn Hazm escribió bien entrado el siglo XI, en Córdoba no podría escribirlo hoy cualquiera de nosotros? En algunos aspectos, desgraciadamente, la herencia en los corrillos literarios españoles es más que notable.

“Esto es particularmente verdad en España. Sus habitantes sienten envidia por el sabio que entre ellos surge y alcanza maestría en su arte; tienen en poco lo mucho que pueda hacer,

³ Textos citados por Henri Pérès en *Esplendor de Al-Andalus*, Hiperión, Madrid, 1990 (2ª Edición), pp. 25-27.

rebajan sus aciertos y se ensañan, en cambio, con sus caídas y tropiezos, sobre todo mientras vive, y con doble animosidad que en cualquier otro país. Si acierta, dicen: “Es un audaz ladrón y un plaguario desvergonzado”. Si es una medianía, sentencian: “Es una nadería insípida y una mediocridad insignificante”. Si madruga en apoderarse del trofeo de la carrera, preguntan: “¿De dónde ha salido éste, dónde aprendió y cuándo ha estudiado...? Si la suerte le lleva por el camino de descollar claramente sobre sus émulos, o le hace abrirse una senda que no es la que ellos frecuentan, entonces se le declara la guerra al desgraciado, convertido en pasto de murmuraciones, cebo de calumnias, imán de censuras, presa de lenguas y blanco de ataques contra su honor. Le atribuirán lo que no ha dicho, le colgarán lo que no ha hecho, le imputarán lo que no ha proferido ni ha creído su corazón. Aunque sea hombre señalado y campeón de su ciencia, caso de no tener con el poder público relaciones que le procuren la dicha de salir indemne de los peligros y escapar de las desgracias, si se le ocurre escribir un libro, lo calumniarán, difamarán, contradirán y vejarán. Exagerarán y abultarán sus errores ligeros; censurarán hasta su más insignificante tropiezo; le negarán sus aciertos, callarán sus méritos y le apostrofarán e increparán por sus descuidos, con lo cual sentirá decaer su energía, desalentarse su alma y enfriarse su entusiasmo. Tal es, entre nosotros, la suerte del que se pone a componer un poema o a escribir un tratado: no se zafará de estas redes ni se verá libre de tales calamidades, a no ser que se marche o huya o que recorra su camino sin detenerse y de un solo golpe”⁴. La historia se repite. Parece mentira que hayan pasado casi mil años desde aquello.

Nos distinguíamos, sin embargo, en algo que ya quisiéramos para hoy, y que explica el gusto por la poesía, su florecimiento y la inauguración en España de cierto “humanismo” no tan claro en los demás países islámicos de entonces. Hay una feliz distinción que percibimos en un texto de Ibn Jaldûn referido a la España musulmana del siglo XI: *“El cadí Abu Bakr Ibn Al-Arabî propone [a los orientales] en el relato de su viaje un plan de enseñanza muy original sobre el que vuelve en varias ocasiones, añadiendo nuevas observaciones. Según él, habría que seguir el sistema de los españoles y enseñar el árabe y la poesía antes que las otras ciencias. He aquí sus palabras: “como los poemas eran, para los antiguos árabes, registros [en los cuales incluían todo lo que les parecía importante], haría falta comenzar por el estudio de la poesía y su lengua; la*

⁴ Cit. por Henri Pérez en “Esplendor de Al-Andalus”, Hiperión, Madrid 1990, pp. 83-84

corrupción [gradual] del lenguaje [que se habla] lo exige imperiosamente. El alumno pasaría a continuación al estudio del cálculo...⁵”

¿Díganme ustedes si no suena a envidiable?

3.- LA POESÍA EN AL-ANDALUS.-

“Si dejamos aun lado –escribe Federico Corriente en la Introducción al “*Cancionero Andalusí*” de Ibn Quzmân -, puesto que no se integran en la resultante cultural andalusí y se extingue con sus portadores, las manifestaciones latinas o árabes de la cultura literaria mozárabe, resulta evidente la gran pobreza de las manifestaciones de una literatura andalusí en árabe entre la Conquista y el reinado de ‘Abdarrahmân II (822-852) en que tiene lugar, en imitación del esplendor de Bagdad [...] el primer impulso oficial serio a la cultura. Abundan las anécdotas atribuidas a este período, e incluso posteriores, que proclaman el asombro de los árabes orientales cuando ocasionalmente aparecía entre ellos un andalusí que sabía recitar y componer buenos versos; pero esta primera pobreza se vería ampliamente compensada por el gran desarrollo que adquiere la cultura árabe en Alandalús, y muy particularmente la poesía clásica, bajo los últimos omeyas y en adelante, con períodos particularmente brillantes, como el de las taifas, en el que brillaron las figuras señeras de Ibn Zaydûn y Almu’tamid, de manera que, al llegar a aquel mundo Ibn Quzmân, la poesía tenía ya en Alandalús una larga tradición e incluso unos modelos y exigencias de calidad de nivel bastante elevado”⁶

⁵ IBN JALDÛN, Al-Muqaddima (Prolegómenos), texto Quatremèr, III, 263; ed. de Beirut, p. 539; trad. de Slane, III, 289. Parece ser que los andalusíes pusieron en práctica el consejo que Abd al-Hamid (+132 = 759) daba a los secretarios en una célebre epístola: “Buscad con ardor el conocimiento de todos los géneros literarios y tratad de haceros sabios en las ciencias religiosas empezando por el Libro de Dios y por las prescripciones de la Ley divina. Cultivad la lengua árabe, a fin de poder hablar con corrección; trabajad también en conseguir una hermosa escritura, pues el ornato debe engalanar vuestros escritos; aprended de memoria los poemas [de los árabes]; familiarizaos con las ideas rebuscadas y las expresiones insólitas que encierran; leed la historia de los árabes y de los persas; retened en vuestra memoria los relatos de los grandes hechos; todo ello os servirá de gran ayuda cuando tratéis de medrar” (cf. Ibn Jaldûn, Al-Muqaddima (Prolegómenos), texto Quatremère, II, 26; trad. de Slane, II, 30-31; ed. de Beirut, 248-249; A. F. Rifâ’î, ‘Asr al-Ma’mûn, II, 54). (Anotación de H. Pérès)

⁶ CORRIENTE, Federico, Introducción a su traducción del *Cancionero Andalusí*, de Ibn Quzmân, Hiperión, Madrid 1996 (3ª Edición), pp. 22-23.

Hasta ese momento, lo bueno en poesía viene de Oriente y no es hasta entonces cuando se rompe con la idea de que poesía clásica árabe, siguiendo aquellos esquemas de métrica y rima, no se compone en Al-Andalus.

Los últimos momentos agónicos del Califato Omeya cordobés no lo son, sin embargo, para la poesía. Aquellos dramáticos momentos para la vida política de Al-Andalus ven crecer, sin embargo, figuras eminentes como las de **Ibn Suhayd**, amigo de infancia de otro gran poeta que, quizás, sea el mayor intelectual que ha conocido Al-Andalus: **Ibn Hazm**, autor de una enorme cantidad de libros pero conocido, sobre todo, por *“El collar de la Paloma”*, uno de los más hermosos tratados de amor que se han escrito en España.

*“Me quedé con ella a solas,
sin más tercero que el vino,
mientras el ala de la tiniebla
se abría suavemente.
Era una muchacha sin cuya vecindad
perdería la vida.
¡Ay de ti!
¿Es que es pecado este anhelo de vivir?
Yo, ella, la copa, el vino blanco y la oscuridad
parecíamos tierra, lluvia, perla, oro y azabache.”*⁷

Son significativas ya expresiones como éstas en uno de los hombres que más amó, luchó y sufrió por Al-Andalus:

*“¡Vete en mal hora, perla de la China!
Me basta a mí con mi rubí de Al-Andalus”*⁸.

Lo nuestro, lo andalusí, toma cuerpo en su obra con una fuerza impresionante. En el prólogo a *El Collar de la Paloma*, escribe:

*“Perdóname, pues, que no traiga a cuento las historias de los beduinos o de los antiguos,
pues sus caminos son muy diferentes de los nuestros. Podría haber usado de las noticias sin*

⁷ IBN HAZM, *El collar de la Paloma*, traducción de Emilio García Gómez, Alianza Editorial, Madrid 1997.

⁸ O. Cit., p. 73

número que sobre ellos corren; pero no acostumbro a fatigar más cabalgadura que la mía, ni a lucir joyas de prestado”⁹.

Hemos entrado en un nuevo período que va a desembocar en los reinos de Taifas. Es un periodo de esplendor para la cultura, aunque políticamente sea el del desmembramiento que conducirá a una larga agonía que desembocará en la caída de Granada, último reducto de lo que fuera Al-Andalus. Lo es también de esplendor para la poesía. Baste citar la corte de la taifa de Sevilla, en tiempos de Al-Mutamid y precisamente en vísperas de la invasión de los Almorávides.

Se encontraba a orillas del Río Grande, de aquel **Al-Wáda-l-Kebir** que los que vinieron a conquistar estas tierras transformaron en Guadalquivir. A orillas de aquel río se levantaba un magnífico palacio del que hoy nos queda la memoria y un recobrado patio que llaman del Crucero, en esa Sevilla mágica, capital de una de las más ricas taifas andalusíes. **Qasr al-Mubârak** era el nombre de aquel palacio, emporio de las letras, que fuera en tiempos del rey-poeta **Al-Mutamid**.

Parece mentira que su padre, el terrible **Mutadid**, sanguinario y cruel, engendrara a este hijo, con alma de poeta y corazón de gran mecenas, del que el gran arabista Emilio García Gómez escribió: “Protegió a todos los poetas de España, e incluso a los de todo el Occidente musulmán [...]. ¡Maravillosa vida la de Mutamid! De joven, cuando príncipe, gobierna en el Algarve portugués, entre suaves placeres, en compañía de su apasionado amigo Ibn Amar, torcedor de su vida. Elevado al trono de su padre, siembra de luces el Guadalquivir y llena de música los blancos palacios entre los olivos del Aljarafe. Se casa con una esclava – Rumaykyya -, que supo completarle un verso cuando ella lavaba en el río, junto a la Pradera de la Plata. Para satisfacer su capricho de amasar adobes, le llena las albercas de alcanfor y de ámbar. Hace capitán de sus guardias al Halcón Gris, un bandolero ingenioso. Conquista ciudades, se le mueren los hijos, mata a hachazos a su mejor amigo, que le ha engañado. Para librarse de Alfonso VI acude a Yusuf el Almorávide; pelea y vence en Zallaqa (1086). Pero Yusuf lo traiciona en seguida, y Mutamid, rey poeta, nuevo David, es vencido por el Goliat africano. Encadenado en Agmat, junto al Atlas, llora hasta

⁹ O. cit., pp. 126-127.

su muerte entre palmeras y chozas de adobes, evocando sus palacios y sus olivares sevillanos”¹⁰.

Y razón tenía, **Al-Mutamid** para aquel llanto. “**Yo era amigo del rocío, / señor de la indulgencia, / amado de las almas y de los espíritus**”, escribe en su desgracia. “**Hoy soy rehén, de la cadena y de la pobreza / apresado, con las alas rotas... / Mi alegría que conocías se ha tornado adusta, / las penas ocupan el lugar de mis alegrías. / Mirarme es desagradable a los ojos, / cuando antes era regocijo para la vista**”. Lejos quedaban los esplendores literarios de aquella Sevilla andalusí de los poetas. Lejos quedaban las veladas literarias con **Ibn Zaydum** –que fuera amante de la princesa-poetisa **Walada-**, o con **Ibn Ammar**, el amigo que terminó por traicionarle.

Desde aquella lejanía, su corazón se llenaría de nostalgia al recordar los versos que **Ibn Jafacha** compusiera. “*¡Oh Dios, que bello corría el río en su lecho...! A veces se estrechaba hasta parecer un respunte de plata en una túnica verde...*”. El Guadalquivir también se había quedado en la evocación y en el recuerdo.

Era el final para una corte de poetas, que **Al-Mutamid** supo reunir a su alrededor. Desde ella, **Ibn Zaydum**, cultivaría la añoranza por su amor perdido, la princesa cordobesa **Walada**. Allí se arrepentiría una y mil veces de la traición que propició el desprecio de la poetisa. (“*Si hubieses hecho justicia / al amor que hay entre nosotros, / no hubieses amado ni preferido a mi esclava, / ni hubieses abandonado la belleza de la rama / cargada de frutos, / ni te hubieses inclinado hacia la rama estéril*”)¹¹, reprochaban los versos de Walada). “*Mi afán supremo era lograr tu amor / si la suerte hubiera propiciado unirme a ti. / Lloran tu ausencia unos ojos cuya pupila eres tú / y a los que el sueño abandonó por tu abandono*”¹², se quejaba Ibn Zaydum.

¹⁰ GARCÍA GÓMEZ, Emilio, *Poemas Árabeandaluces*, Colección Austral, Espasa-Calpe, Madrid 1985 (8ª Edición), pp. 33-34.

¹¹ REY, Juan, *Diván Andalusí*, Editorial Guadalupe, Alcalá de Guadaíra (Sevilla), 1991, p. 58.

¹² O. cit., p. 55.

Al destierro se marchó **Al-Mutamid**, artífice de aquellos esplendores que no eran sino herencia de otros. La corte de **Al-Mutamid**, foro de las letras, dio lugar a un ciclo literario en la historiografía hispano-musulmana.

4.- LOS TEMAS TRATADOS EN LOS POEMAS.-

Es curioso que el tema del vino sea tan recurrente en los poemas andalusíes, tanto en los de la poesía clásica como en los de la popular, estando éste en las prohibiciones coránicas. Siempre he dicho que quizás hicieran los andalusíes más caso a la Sura 47, versículo 16 que habla del Paraíso: “en él habrá ríos de agua incorrupta, ríos de leche cuyo sabor no se alterará, ríos de vino que serán delicia de los bebedores”¹³. Tan malo no será si va al Paraíso. Los poetas, desde luego, lo cantan con abundancia. Y a pesar de las prohibiciones, del edicto de Al-Hakam, de las persecuciones por merodear casas de la judería (¿sospecha?) y las multas.

Pero, también se canta a Al-Andalus, a sus bellas ciudades; se describe la belleza del paisaje, los jardines, los huertos; aportan datos sobre las fiestas, la vida social, los acontecimientos de la vida privada: nacimientos, bodas, funerales, la higiene personal... Se habla de los baños, los juegos, como se habla de la guerra, del placer. Se elevan, por razones sobre todo económicas, digo que de pago al mecenazgo que daba medios para vivir al poeta, o por razón de oficio de los poetas cortesanos, digo que se hacen largos y sentidos panegíricos. Y, sobre todo, se canta al amor, a la belleza, a la mujer o al hombre amado.

¿Y en qué aparece escrita esta poesía, y en la que los andalusíes han llegado a alcanzar a los Orientales y en muchos casos a superarlos? Evidentemente, se usa la *casida* (*qasidha*). Es la composición típica de la poesía árabe clásica. A partir de unos temas tradicionales en su mayoría, circulaban muchos manuales que enseñaban a componer una casida, que consta de 30 a 120 versos de idéntico metro y acabados todos con la misma

¹³ Edición del *Corán*, traducida y anotada por Juan Vernet, Planeta, Barcelona 1983.

rima. Esto es importante, para tener en cuenta qué variante se produce con la poesía popular. Era, pues, una estructura rígida.

5.- POESÍA POPULAR ANDALUSÍ.-

“Si la poesía árabe clásica –como afirma Juan Vernet- está en decadencia en Occidente desde el mismo momento de la conquista almorávide, no ocurre lo mismo con la popular, en rapidísimo desarrollo desde que Muqaddam ibn Mu’afà al-Qabrî [...] inventó o introdujo la *moaxaja* en Al-Andalus”¹⁴.

Frente a la poesía culta acaba de abrirse en Al-Andalus una vía popular en forma de poesía estrófica, denominado *moaxaja*. Utiliza expresiones coloquiales y palabras o estribillos romances, de origen mozárabe. Su invención se atribuye al poeta de Cabra, que no sabemos por qué algunos denominan el *Ciego*, mientras que Juan Vernet le llama el *Vidente*, pues, de hecho, veía. La estrofa se construye a partir de un estribillo, en árabe coloquial o en mozárabe, llamado *jarcha* –salida- que marca la rima de la *moaxaja*.

Éstas son las noticias que en el siglo XIV da Ibn Jaldún, un tunecino de origen sevillano, historiador que siempre se consideró andalusí: *“La gente de Al-Andalus – escribe en su Introducción a la Historia- cultivaron la poesía en forma señalada en todos sus géneros, alcanzando un alto grado de perfeccionamiento y belleza. Allí se creó un nuevo estilo que denominaron moaxajas. En su composición se hacían corresponder los versos y las estrofas que la formaban. La misma medida y rima de los versos de la primera estrofa se repetían en las siguientes. En estos poemas la gracia y la belleza llega a su límite. Gustaban en el país a todo el mundo y los andaluces las conocían de memoria pues resultaban muy fáciles de aprender”*.

¹⁴ VERNET, Juan, *Literatura Árabe*, El Acantilado, Barcelona, 2002, p. 158.

Dos conceptos importantes: “las *moaxajas* y los *zéjeles* eran compuestos para ser cantados” y “la invención de la *moaxaja* refleja el bilingüismo de la sociedad andalusí”¹⁵.

Pero, detengámonos en uno de los autores andalusíes, tal vez el más importantes, de poesía popular. Me refiero al cordobés Ibn Quzmân. Vive en el siglo XII y es el más famoso zejelero de todas las épocas, y uno de los más singulares poetas de la época almorávide. El autor del *Cancionero Andalusí* ¹⁶supo “desplazar la *moaxaja* con sus *zéjeles* escritos en la lengua vulgar de la época sin preocuparse de las expresiones romances que le daban una fisonomía particular. Él mismo nos dice de su manipulación de la nueva estrofa: “*lo limpié de los nudos que lo afeaban... Lo hice fácil, pero fácil difícil; vulgar y raro al mismo tiempo, arduo de conseguir y obvio*”. Para ello no vacila en renovar burlescamente, los antiguos clichés [...]. Sin falsa modestia no vacila en afirmar: “*Mi excelente zéjel / se oye en el Iraq. / ¡Qué genial es esto! / Otros versos no valen / junto a este donaire*”¹⁷.

Pero, ¿qué novedad aporta el zéjel a la estructura del poema, al poema mismo? Definamos un poco el zéjel, aunque sea de forma somera, dado que lo que pretendemos es sólo hacer una introducción, y después volveremos a Ibn Quzmân.

El zéjel “es una composición estrófica dividida en tres partes: un preludeo, una mudanza y un verso de vuelta, que repite la rima del preludeo. La mudanza, como su nombre indica, supone un cambio de rima”¹⁸.

Si queremos definir los rasgos distintivos, podemos afirmar con Francisco Marcos Marín, que son tres:

- 1) La alternancia preludeo-mudanza-vuelta
- 2) El tratarse de una poesía estrófica, es decir, con limitación del número de versos en cada una de sus partes, que no se pueden prolongar libremente, aunque admitan ciertas variaciones de longitud (o sea, la mudanza, pongamos por caso, puede constar de tres

¹⁵ GARULO, Teresa, *La Literatura árabe de Al-Andalus*, Hiperión, Madrid 1998, p. 169.

¹⁶ Cfr. la edición traducida por Federico Corriente y publicada por Hiperión en 1996.

¹⁷ VERNET, Juan, O. cit., pp. 158-159.

versos, o de cuatro, y tal vez de cinco; pero ha de tener una limitación, no es como un romance o una silva, o una casida, que se pueden prolongar, teóricamente, hasta el infinito)

- 3) La vuelta ha de repetir, al menos, una rima del preludio, o puede repetir todas las rimas de éste (generalmente dos); pero no repite necesariamente las palabras, es decir, no es un estribillo léxico, sino un estribillo rítmico”¹⁹

La casida, sin embargo, como hemos dicho –y que prevalece en Al-Andalus, hasta el siglo XI, con extraordinarias producciones, no es una poesía estrófica; esquemáticamente es una serie monorrima, es decir, una sucesión de versos del mismo tipo y con la misma rima.

Pero volvamos a Ibn Quzmân, el zejelero más notable andalusí. Y vayamos a lo que cantaba en sus zéjeles. Su talante y el de sus canciones pueden entenderse leyendo una estrofa del zéjel 90, una especie de testamento propio: *“Cuando muera, mi modo de enterramiento / sea yacer bajo las cepas en viña: / pámpanos juntadme, de mortaja, encima, / y a la cabeza un turbante de sarmientos”*²⁰.

El sabor de cancioncillas como este zéjel del cordobés, parece tener eco más reciente en canciones de nuestra tierra:

*“Me partes la entrañas, niña mía.
¡Saber si tú supieras lo que sufro!*

*Por ansia de alcanzar en ti mi anhelo,
mis ojos en el sueño no se entornan [...].*

*El día que contemplo, dicha mía,
tu cara luminosa, que es mi arriate,
si tú, amiga del alma, te contentas,
me lleno yo asimismo de alegría”.*

¹⁸ MARCOS MARÍN, Francisco, *Observaciones preliminares sobre el zéjel en Al-Andalus*, en “Revista de Filología Románica, Vol. III, 1985, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, p. 290.

¹⁹ Idem, p. 291.

²⁰ Ibn Quzmân, o. cit., p 245.

Voy terminando ya y quiero hacerlo con el trozo de otro de sus poemas y espero dar con ello una primera idea de esta poesía popular andalusí que tuvo en Ibn Quzmân uno de sus más geniales exponentes. Sólo van las primeras estrofas. Baste con ellas:

*Dura carga es el amor.
¡Quién pudiera resistir!
¿a las almas, guapos, dad
vida y se os alabará!*

*Los secretos del amor
sólo están en el mirar.
Unos bellos ojos ves
con la magia de Babel,
y te roban la razón,
con tu aguante se te van,
y has de ver tu corazón
maniatado y en prisión.*

*Los sayones del amor
hallan luego allí un cordel,
por tender tu corazón
en mitad del campo, igual
que el leñero suele hacer
con tocones. Hay después
siempre yesca, pedernal
y eslabón con qué encender.*

*Del desvío la vivaz
llama viénete a abrazar:
ves tu cuerpo crepitar
y tus miembros ves arder.
Si agua pides al amor
para aquel fuego apagar,
viene el fuelle del desdén
y lo atiza: buf, buf, buf²¹.*

A pesar de que mi admirado García Gómez dijese que Ibn Quzmân entró en la lírica clásica como “un caballo en una cacharrería”, este novedoso y original poeta, supo crear un producto netamente andalusí y popular: sus zéjeles. Un patrimonio también nuestro, el que nos dejó este cordobés que nació en 1086 y acabó sus días en 1160. Bendito caballo,

²¹ REY, Juan, O. cit., pp. 115-116.

bendita cacharrería. Poesía andalusí, poeta cordobés, sin ir más lejos. Demasiado poco conocido por una inmensa mayoría.

Pero no quiero acabar con mis palabras. Deseo hacerlo con las de Ibn Quzmân si ustedes me lo permiten. Pensando en la velada de esta noche, quizás valga este zéjel suyo que es mi agradecimiento a este paisano por dejárnoslo, a vosotros por haberme escuchado:

*“Licor gualda, mi amor y mi señor,
mi gozo, mi alegría, médico de mi mal,
néctar, vino, bebida dorada,
añejo, generoso, mosto.
Oportuno me parece ya acabar,
pues debe retirarse quien ha errado,
haciendo algo más útil y honorable...”²²”*

Y digo yo, “espero no haber errado, pero he de acabar, de todas formas”. Muchas gracias.

²² IBN QUZMÂN, *Cancionero Andalusí*, cit. zéjel 29, p. 118.